



Giosuè Carducci

Antología poética

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

A José Garibaldi

III noviembre MDCCCLXXX

Va Garibaldi, solo, en la lúgubre
Fila primera, doblado y tácito,
Cabalgando; la tierra y el cielo
Aplomados y fríos en torno.

De su caballos los cascos óyense
Dar en el lodo. Detrás escúchanse
El andar y los hondos suspiros
De los héroes hundirse en la noche.

Mas en la tierra, de tonos lívidos,
Mas en los prados, con sangre frígida,
Donde se halla un mezquino despojo
De las vuestras entrañas, ¡oh madres!

Se encienden las llamas que astros creyéranse,
Alzarse voces que himnos diríanse:
Brilla olímpica Roma en el fondo
Y en el aire hay un himno que flota.

Surge en Mentana la afrenta trágica
Del triste abrazo de Pedro y César,
Pues que tú has Garibaldi, en Mentana,
Puesto el pie sobre César y Pedro.

¡Oh, de Aspromonte rebelde espléndido!
¡Oh, de Mentana vengador único!
Ven a hablar de Palermo y de Roma
A Camilo en el gran Capitolio.

Tal unas hondas voces de espíritus
Por el de Italia cielo ensalzábanse
Aquel día en que aullaban los viles,
Como perros que el látigo temen.

Pero ya Italia te adora. Llámate
La nueva Roma su nuevo Rómulo,
Y ¡oh divino!, te elevas. ¡ Que siempre
De tu testa se aleje el silencio!

Sobre el abismo común del ánima
A ti, fulgente, los siglos llámante

Al pináculo, al puro concilio
De los númenes que alzan la patria.

Subes, y Dante dice a Virgilio:
-Nunca forjamos tan noble héroe-
Luego Livio, sonriéndose añade:
-De la historia también, ¡oh poetas!-

Sí, de la historia civil de Italia
Es esta audacia, fiel ligurino,
Que se posa en el justo y a lo alto
Mira e irradia idealismos sublimes...

Gloria a ti, padre, que con los frémitos
Del Etna expiras, y en las borrascas
De los Alpes expira tu pecho
Contra bárbaros, contra tiranos.

Brilla tu pecho ya en las cerúleas
Dulces sonrisas del mar, del cielo,
De los mayos cayendo en las tumbas
Sobre el mármol que cubre a los héroes.

En la estación

¡Oh, esos fanales cómo persíguense
Con la indolencia tras de los árboles,
Tras las ramas cubiertas de lluvia
Que bostezan su luz en el fango!

Silba estridente, flébil y tímido
El tren ya cerca. Cual capa plúmbea
Se halla el cielo, y la aurora de otoño
Como un magno fantasma rodéale.

¿Do se dirige la que apresúrase
A esos vagones, tortuosa y tácita
Muchedumbre, a que ignotos tormentos,
Que esperanzas lejanas, qué afanes?

Tú al corte seco del empleado
Das tu billete también, ¡oh Lidia!,
Y ¡ay! Al tiempo fugaz das tus horas
De honda dicha y tus sacros recuerdos.

Van a lo largo del convoy fosco

Encapuchados sus vigilantes
Como sombras: han una linterna
Y unas mazas de hierro. Los férreos

Frenos en marcha forman un lúgubre
Son prolongado; dentro del alma
Como un eco de tedio responde,
Tan doliente que espasmo parece.

Y el batir rudo de portezuelas
Créese ultraje, y escarnio el último
Llamamiento, que rápido elévase;
Da con fuerza la lluvia en los vidrios.

Consciente el monstruo de su metálica
Alma, resuella, ruge,. Los flámeos
Ojos cierra y, terrible, en la sombra
Da un silbido que reta al espacio.

El cruel monstruo con fuerza horrisona,
Mueve las alas y a mi amor llévase...
¡Ay, el rostro de nácar y el velo
Saludando al perderse en la sombra!

¡Oh el rostro dulce, pálido y róseo,
Oh bellos ojos de paz, oh cándida,
Tras los rizos floridos caída,
Pura frente, con aire suave!

Tembló en el aire tibio la vida,
Tembló el estío cuando vencióme,
Y el sol joven y alegre de Junio
Complacióse en besar luminoso,

Entre el reflejo del pelo bruno
Su amable cara; como una auréola,
Más hermosos que el sol mis ensueños
A la linda y gentil rodearon.

Bajo la lluvia y en la calígene
Vago y fundirme quisiera en ellas.
Como un ebrio vacilo y me palpo
Pues me creo tan sólo un fantasma.

¡Oh, qué caída de hojas continua,
Frígida y muda sobre mi alma!
¡Imagino que sólo, que eterno,

Es por todo en el mundo Noviembre!

Al que el sentido de la existencia
Perdió, ¡cuán grata le es la calígine!
Yo deseo, yo anhelo embriagarme
En un tedio que dure infinito...

Virgilio

Como el hielo estival infunde, pía,
Al abrasado suelo, la redonda
Luna inminente, en tanto su luz fría
Centellea del río sobre el onda;

Cual ruiseñor que, oculto entre la fronda,
Llena el espacio azul de melodía,
Y el caminante escucha, y en la blonda
Trenza que amó pensando se extasía;

Cual la antes madre, que al quejarse en vano
Mira el sepulcro y luego el cielo mira,
Y en su difuso albor su ánimo aquieta,

Mientras sonrío el monte al mar lejano,
Y en la fresca arboleda Aura suspira:
Tal tus versos en mí, feliz poeta.

El buey

Te amo, buey pío; en manso sentimiento
De paz y de vigor mi pecho inundas,
Ya si, solemne como un monumento
Miras las tierras libres y fecundas,

Ya si al yugo inclinándote contengo
La ágil obra del hombre, fiel secundas:
Él te exhorta y te punge y con el lento
Girar de tu mirada le circundas.

Por el ancha nariz, húmeda y negra
Tu alma se exhala, y tu mugido alegra
Los campos y en el aire azul se pierde;

Y de los ojos glaucos en la grata
Dulzura, amplia y tranquila se retrata
La del llano divina quietud verde.

El en el monte Mario

Solemnes se alzan en el monte Mario
Al aire limpio los cipreses tristes,
Que mudo miran por los campos griseos
Correr al Tíber.

Miran al fondo en el silencio a Roma,
Y cual pastores que del rebaño cuidan,
Ven allá al frente en el silencio dulce
Surgir San Pedro.

Bebed, amigos, en la clara loma
Del blondo vino en donde el sol se espeja,
Bebed y ¡oh, bellas!, sonreíd, mañana
Feneceremos

Lalage, intacto en el florido bosque
Deja el laurel que se gloria eterno
O a ti pasando por los rizos brunos,
Menos destella.

Que con el verso que penoso vuela
La copa llegue, y la suave y pura
Flor de la rosa, que el buen tiempo presto
Nos besa y muere.

Feneceremos como ayer murieron
Nuestros amores; del recuerdo libres
Dentro de poco, como tenues sombras,
Esfumarémos.

Feneceremos; como siempre, lasa,
En torno al sol voltará la tierra,
Como centellas, por instante, vidas
Mil encendiendo.

Mil vidas nuevas gemirán de amores,
Mil vidas nuevas lucharán briosas,
Y a nuevos dioses cantarán los himnos
De su mañana.

Los aun no natos que la luz de nuestras
Manos un día aceptaréis, cual todos
Caeréis también, o radiante banda,

En lo infinito.

¡Adiós, del breve pensamiento madre.
Tierra, y del alma fugitiva! ¡Cuántas
En torno al sol harás girar perennes
Penas y glorias!

Hasta que, bajo el ecuador restricta,
Tras de las quejas del calor fuyente.
La prole lasa tenga ya una sola
Mujer y hombre.

Que en medio erectos de las altas cumbres,
En muertas selvas con los ojos vítreos,
¡Oh, sol, te vean bajo el hielo informe,
Por siempre hundirte!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

